IV.

La mala de Chambery.

Al dia siguiente, á las cinco de la tarde, empezó Antonio á aparejar en el patio de la posada los tres caballos que debian correr la posta.

A consecuencia de lo que le habia encargado Montbar, no descuidó poner las pistoleras en la silla del delantero. Levantaba muy á menudo los ojos hácia la ventana de un pequeño cuarto, que salia al patio por una escalerilla. Por aquella ventana, tras la que se veia algo apartada la cortina, podia el que ocupase dicho cuarto observar, á la escasa luz de una tarde de invierno, lo que pasaba en el patio. Habríase dicho que Antonio se proponia dar cuenta de todos sus gestos y movimientos á algun desconocido vigilante, oculto detrás de la cortina.

A las cinco y treinta y cinco minutos oyóse el ruido de un coche y el chasquido del látigo del postillon.

Poco despues entraba al galope la mala en el patio de la posada, parándose debajo de las ventanas del cuarto, que tanto habia parecido llamar la atencion de Antonio, á tres pasos del primer peldaño de la escalerilla.

Si á álguien hubiese interesado observarlo, habria visto que, apartándose de una manera casi imprudente la cortina

de la indicada ventana, asomó la cabeza el misterioso inquilino para examinar los viajeros que bajaban del coche. Fueron saliendo de él, uno tras otro, hasta tres hombres; quienes, á guisa de viajeros hambrientos, se dirigieron precipitadamente al comedor iluminado con profusion.

Apenas habian entrado en él, vióse bajar por la escalerilla un elegante postillon, cuyos piés cubrian unos finos escarpines, sobre los cuales contaba sin duda calzarse las gruesas botas que usan por lo comun los de su clase. Dejó oir un ligero silbido, el cual bastó no obstante para avisar á Antonio; puesto que presentóse al momento corriendo con sus botas de montar en una mano, y su vasto albornoz en la otra.

Calzóse el elegante postillon las botas de Antonio, en cuya mano deslizó cinco luises, echándose luego á las espaldas el grueso capote, que el rigor de la estacion hacia indispensable. Dispuesto de esta manera, volvió á entrar Antonio en la cuadra, ocultándose en el mas apartado y oscuro rincon.

En cuanto al que acababa de ocupar su puesto, despues de haberse ajustado cuidadosamente el capote que le cubria casi el rostro, enganchó los tres caballos aparejados por Antonio, metió en las fundas del delantero un par de pistolas de dos tiros, y aprovechándose del abandono en que conductor y viajeros habian dejado la mala, clavó con el auxilio de un punzon, que podia muy bien tomarse por un puñal, cuatro clavos en la madera del coche, esto es, uno á cada porte

zuela, y los otros dos, á la misma línea, en la tabla inmediata.

Aguardó luego, calmando la impaciencia de los caballos, ya con la voz ya con el látigo inteligentemente combinados, ó empleando alternativamente cada uno de estos dos medios.

Sabida es la precipitacion con que han de comer los que se hallan condenados á viajar con la mala; así que antes de media hora oyóse la voz del conductor, gritando:

—Señores, al coche.

De pié Lepretre en el estribo, reconoció perfectamente á pesar de la oscuridad á Roland y al jefe de brigada del séptimo de cazadores, que subieron al interior, sin parar la menor atencion en el postillon. Cerró este la portezuela, colocando al mismo tiempo el candado entre los dos clavos y cerrándolo con llave. Dando luego vuelta al coche, fingió habérsele caido el látigo delante de la otra portezuela, y al bajarse á recogerlo, colocó asimismo el segundo candado que dejó igualmente cerrado, y teniendo de este modo bien asegurados á los dos oficiales, montó su caballo, gritando al conductor que estaba aun conversando con el posadero:

—Tenemos que aguardar ahí la salida del sol, compadre Francisco?—Ya voy, ya voy, contestó el conductor sin reparar en la voz del postillon, que este sin embargo procuró disimular lo mejor que pudo.

—Dónde están los viajeros? preguntó el conductor.—Aquí estamos todos, contestaron á una voz los dos oficiales desde

el interior, y el agente de policía en el cupé.—Al avío pues, repuso el conductor, poniendo el pié en el estribo y sentándose en su puesto, junto al viajero, cerrando tras sí la portezuela.

No hubo necesidad de repetir el aviso: salieron al galope los caballos animados por los repetidos chasquidos del látigo del postillon.

No parecia sino que Lepretre no habia hecho otra cosa en toda su vida; atravesó la ciudad con la velocidad del rayo y con toda la destreza del mas ejercitado postillon. A la salida de Macon vió un grupo de hombres montados: eran los doce cazadores que debian seguir la mala, sin dar á entender que la escoltaban. Sacando el jefe de brigada la cabeza por la portezuela, hizo una seña al oficial que los mandaba.

Nada pareció observar Lepretre, pero á una distancia de quinientos pasos, ejecutando una sinfonía con el látigo, volvió la cabeza y vió que la escolta se habia puesto en marcha.

—Aguardad, mis bravos, dijo para sí; por mucha prisa que os deis, no habeis de llegar á tiempo.

Y poniendo de nuevo en momiviento las espuelas y el látigo, disparáronse los caballos como saetas, arrastrando el coche que parecia no tocar al suelo. Temeroso el conductor:

—Eh! maese Antonio, gritó, habrá hoy algo de chispa?—Sí á fe, contestó Lepretre, la comida ha sido espléndida... Un plato de acelgas.....—Si seguimos á ese paso, gritó Roland sacando la cabeza por la portezuela, es imposible

que la escolta nos siga.—Oyes lo qué están diciendo? gritó el conductor.—No, contestó Lepretre, no se oye.—Dicen que á este paso la escolta no podrá seguirnos.—Vamos pues escoltados? preguntó Lepretre.—Pues es claro: no ves que conducimos fondos del gobierno?—Ah! esto es otra cosa; podiais haberlo dicho antes.

Pero en lugar de detener la carrera, continuó la mala al mismo paso; y si alguna diferencia podia notarse era solo su mayor velocidad.

—Sabes que si nos sucede alguna desgracia, dijo el conductor, te rompo la cabeza de un pistoletazo?—Bah! contestó Lepretre, poco cuidado me dan vuestras pistolas, cargadas sin bala.—Tal vez; pero no sucede lo mismo con las mias, gritó el agente de policía.—Esto lo veremos cuando llegue la ocasion, repuso Lepretre.

Y sin hacer caso de advertencias ni amenazas, siguió corriendo del mismo modo. Con la rapidez del rayo atravesaron los pueblos de Varennes, Creche y Grinchay, faltando apenas un cuarto de legua para llegar á la Casa-Blanca.

Cual si saliesen de un baño, cubria el sudor á los pobres caballos, que relinchaban de rabia, echando espuma por la boca. Miró hácia atrás Lepretre distinguiendo á los cazadores á mas de mil pasos del coche. Hallábase en la cima de una cuesta, y sin tomar precaucion alguna, precipitóse á todo escape por la pendiente, llevando empero los caballos sujetos de modo que pudiese detenerlos á su antojo.

Calló por fin el conductor, conociendo iba dirigido por una mano tan hábil como vigorosa. Solo el jefe de brigada miraba á cada instante por la portezuela, para ver la distancia que le separaba de sus soldados.

A la mitad de la pendiente era Lepretre perfectamente dueño del tiro, sin haber disminuido en lo mas mínimo la velocidad de la carrera. Púsose entonces á cantar en alta voz el *Despertar del pueblo*, que era la cancion de los realistas, como la *marseillaise* era la de los jacobinos.

—Qué está cantando ese bruto? gritó Roland, sacando la cabeza; decidle que calle, conductor, ó sino le mando una bala entre los riñones.

Antes de que el conductor tuviese tiempo de trasmitir al postillon la amenaza de Roland, salió de entre una línea negra, que cerraba el paso de la carretera, la voz de:

—Alto, conductor!—Postillon, á ver si sabes aplastar á esta canalla, gritó el agente de policía.—Poquito á poco, señor mio, contestó Lepretre: creeis que así se aplasta á los amigos? hooeh.

Detúvose el coche como por encanto.

—Adelante, adelante! gritaron á un tiempo Roland y el jefe de brigada, conociendo que la escolta se hallaba á demasiada distancia para poder darles auxilio.—Ah! infame postillon, gritó el agente de policía saltando del cupé, y corriendo pistola en mano hácia Lepretre; la vás á pagar por todos.

No habia aun proferido la última palabra, cuando Lepre-

tre, anticipándosele, disparó contra el agente, que cayó mortalmente herido entre las ruedas del coche. Apretando con su dedo crispado por la agonía el gatillo, salió el tiro, sin causar daño á persona alguna.

—Conductor, gritaban los dos oficiales, abrid pronto!—Caballeros, dijo Morgan adelantándose, nada pretendemos contra vosotros; buscamos únicamente el dinero del gobierno. Así pues, conductor, vengan los cincuenta mil francos, y despachemos.

Dos tiros salidos del interior fueron la contestacion de los dos oficiales, quienes despues de haber procurado inútilmente abrir las portezuelas, intentaron en vano salir por las ventanillas.

Sin duda se aprovechó alguno de los tiros, pues oyóse un grito de rabia, al mismo tiempo que la llama de un fogonazo iluminó la carretera. El jefe de brigada exhaló un gran suspiro, cayendo exánime al lado de Roland. Disparó este su segunda pistola, pero nadie le contestó. Descargadas sus armas, encerrado en el interior del coche, y privado de servirse de su sable, rugia de cólera.

Durante este tiempo, obligóse al conductor, arrimándole una pistola á la oreja, á entregar el dinero: dos hombres tomaron los saquitos que contenian los cincuenta mil francos, colocándolos sobre el caballo de Leprete, que su lacayo le habia llevado ensillado, como para dirigirse á una partida de caza.

Quitándose Lepretre sus gruesas botas, púsose de un salto sobre su caballo.

—Tantas cosas al primer cónsul, M. de Montrevel! gritó Morgan. Dirigiéndose despues á sus compañeros:

—En marcha, amigos, tome cada cual por su camino. Ya sabeis el punto de reunion; mañana por la noche!...—Sí, sí, contestaron diez ó doce voces.

Dispersóse la cuadrilla como una bandada de pájaros, desapareciendo por el valle, á la sombra de los árboles plantados al borde del riachuelo que ocultaba la Casa-Blanca.

Oyóse en aquel momento el galope de los caballos, divisándose en lo alto de la pendiente la escolta, que advertida por los disparos, venia corriendo á todo escape. Llegó, no obstante, demasiado tarde, pues encontró tan solo al conductor sentado á la orilla del camino, los dos cadáveres del agente de policía y del jefe de brigada, y á Roland prisionero y rugiendo como un leon que muerde los hierros de su jaula.

V.

Contestacion de lord Greenville.

Mientras tenian lugar los hechos que acabamos de referir, de los que se ocuparon no poco los habitantes y periódicos de provincia, preparábanse en París sucesos mucho mas gra-